

COLOMBIA, VIETNAMIZACIÓN O PROCESO DE PAZ. ELEMENTOS CRÍTICOS PARA LA INTERPRETACIÓN DE LA CRISIS COLOMBIANA Y SU IMPACTO EN UN CONTEXTO INTERNACIONAL

Javier Guerrero Barón

Presentación

Contra el deseo y la buena voluntad de muchos, es posible —y así lo indican las tendencias coyunturales de los últimos meses—* que Colombia esté transitando por el borde de una situación de guerra civil generalizada o de profundización del conflicto armado antes de acercamiento a un proceso de paz real y duradero. Si imaginamos un escenario futuro en el que por primera vez confluyen crisis política, crisis económica, crisis militar y crisis de relaciones internacionales, podremos suponer que son elementos que se suman y retroalimentan la dinámica del conflicto armado y su impacto en la vida nacional, lo cual hace poco previsible la existencia de condiciones mínimas para una negociación política.

No queremos con estas palabras ni ser “ave de mal agüero” ni empañar los vehementes anhelos de paz que importantes sectores de la sociedad colombiana y de la comunidad internacional vienen manifestando en estos tiempos, pero el análisis de las dinámicas del conflicto nos indican que son pocas las posibilidades de revertir esta tendencia si el problema de la paz se sigue tratando como hasta hoy se hace: con buenas intenciones y sin principio de realidad. Sin embargo, ello no es una ley inexorable y no es imposible modificar las circunstancias que rodean el proceso, sobre todo si la nación

* Este artículo se recibió a mediados del año 1998, sin embargo su pertinencia y sugerente enfoque justifican su incorporación en este número del año 1999.

colombiana logra consensos alrededor de algunos puntos fundamentales. Y aunque somos optimistas a largo plazo, en el corto pensamos que en Colombia los peores momentos están por venir, si se conservan las tendencias del conflicto crónico que vive el país desde 1948 y continúa la degradación de esta guerra sui-generis, agravadas por los vientos de intervención internacional, como hasta hoy se ha venido planteando. Una visión crítica, contra el sentido común ingenuo y las conveniencias maquilladas de la coyuntura política, ayudaría a entender este proceso.

Una estrategia nacional contra la expansión de la guerra es urgente. No obstante, es difícil una propuesta creativa, pues el tema se convirtió en un campo de batalla verbal y del ejercicio de la retórica, en la que se habla de paz para hacer la guerra o se habla de la guerra o de la paz, para decir lugares comunes.

Hay que reconocer que las demandas de paz por parte de la sociedad colombiana han aumentado, pero lo que aún no está claro es cuanto estamos dispuestos a pagar por ella y si pueden seguir actuando sectores con el poder suficiente para entorpecer cualquier negociación, como hasta hoy ha sucedido. En este ensayo queremos hacer explícitos algunos elementos críticos que nos permitan comprender las tendencias de la difícil coyuntura nacional. Esbozamos primero diez premisas que sustentan dos hipótesis centrales sobre las nuevas condiciones para una salida política negociada al estado de guerra civil.

Diez premisas

Primera:

Sobre los contenidos del conflicto: Hay consenso en que los grandes desequilibrios sociales crean una dinámica que tiende a legitimar proyectos revolucionarios y alternativas violentas.

En términos generales, "el qué" del conflicto colombiano, la substancia que lo origina se hunde en los grandes desequilibrios sociales que ameritan las transformaciones estructurales que reivindican quienes se alzaron contra el establecimiento. Es lo que se ha llamado persistentemente "causas objetivas de la violencia". Si la sociedad colombiana no acepta esta realidad no será posible la paz. Ello significa que la necesidad de una profunda transformación es socialmente legítima. Es un país donde ni siquiera pudo llevarse a cabo una reforma agraria, ni una reforma urbana que aminore el déficit de vivienda, ni

existe una efectiva legislación antimonopolios, para no hablar de mecanismos mínimos de redistribución de la riqueza. Afortunadamente, así lo reconocen inclusive los sectores más radicales en la defensa del orden y del Estado. Es decir, que en este campo actualmente sería fácil llegar a un consenso, lo cual hace algunos años era improbable. En otras palabras, nadie puede desconocer las condiciones explosivas de pobreza, desempleo y marginalidad en que viven amplios sectores de la población, entendiéndolo que muchas de esas condiciones son agravadas por la guerra misma, lo cual es parte del círculo vicioso. A ello se suman los efectos sociales del impacto de los ajustes económicos estructurales de carácter mundial que ocasionan los procesos de apertura y globalización, con sus secuelas de privatizaciones, introducción de nuevas tecnologías, terminación de los contratos laborales indefinidos y suplantación por contratos temporales, formación de grandes consorcios monopólicos dominados por el capital financiero internacional, debilitamiento sin precedentes de las organizaciones sindicales y replanteamiento de las relaciones trabajo capital, etc.

Segunda:

Si hay acercamiento en aceptar las "causas objetivas" de la crisis, debe haber un esfuerzo de acercamiento en las soluciones

Los actores revolucionarios justifican su accionar por la condiciones socio-económicas (la pobreza de la mayoría, monopolio de la riqueza, etc), y por las condiciones políticas (déficit de democracia, justicia, desigualdad política, oligopolio del poder). En este último plano se ha avanzado bastante en las formas jurídicas del régimen político (Constitución de 1991), se podría pensar igualmente en acercamientos en el régimen económico y social, (reforma agraria, legislación laboral, legislación antimonopolios, inversión social, atención primaria a sectores vulnerables, etc). Aunque toca directamente con los intereses del capital, sus representantes se han dado cuenta de la profundidad de la crisis nacional y están dispuestos a negociar. En los empresarios hay consenso que "la paz es rentable" y que el tono creciente de la guerra está afectando por primera vez estructuralmente los indicadores macro-económicos como el gasto público y la capacidad del Estado de estabilizar la economía, para no hablar de los flujos de capital y de inversión. Es decir el consenso debe avanzar de las causas a las soluciones que es donde hay grandes abismos.

Tercera:

Sobre los medios y caminos para solucionar el conflicto hay grandes discensos: Colombia no ha renunciado a la violencia

Este es el otro gran componente del conflicto: "el cómo", los medios para lograr la superación del antagonismo. Es en el campo de los medios para la solución del conflicto donde existe un gran disenso. Aunque es obvio, a veces perdemos la perspectiva de que Colombia vive un enfrentamiento de proyectos de país, de grandes imaginarios de cómo solucionar los problemas, de modelos de desarrollo y de concepciones del Estado y de su papel.

Distinguimos tres grandes posturas en una sociedad que desde el siglo dieciocho intenta caminos de construcción de una modernidad -sin lograr un acuerdo sobre la modernidad posible ni deseable- que la inserte en el contexto mundial. De un lado unos sectores que buscan soluciones mediante salidas y propuestas revolucionarias, que lucharon y luchan por una sociedad más equitativa, menos injusta y con posibilidades de ciudadanía real para todos los colombianos. De alguna forma, una posible vía hacia la modernidad por el camino de grandes reformas estructurales impuestas desde la acción revolucionaria a partir de un triunfo político o político militar. Otro sector, o mejor, campo de matices, que aceptan esta necesidad pero consideran que los problemas pueden ser solucionados mediante reformas y procesos democráticos. Vale decir que los sectores decididamente democráticos no son los más fuertes en la política colombiana. La mayoría de ellos le han apostado a conformarse con construir una democracia formal, legalista, sin preocuparse por llenar de realidades esas formas, sin luchar por grandes transformaciones a los obstáculos del ejercicio real de una modernidad democrática o por sectores que tácticamente han jugado a la democracia, no como filosofía del Estado y de la política sino como técnica política o como ritual electoral, o porque muchos de los llamados sectores democráticos han "combinado las formas de lucha": unas veces la democracia y otras el autoritarismo donde la violencia no está descartada como medio para realizar sus fines. Históricamente está lejos de existir en la política colombiana un real proyecto de "modernidad democrática", como tal.

Y un intransigente sector que cree que la sociedad puede mantenerse sin transformaciones en el plano de las relaciones sociales. Cree en la modernidad como progreso tecnológico, pero conservando los privilegios del

capital y de la propiedad, de lo estatuido, sin redistribución de la riqueza y sin transformaciones en el plano de lo político. Son los sustentadores del modelo histórico de dominación bipartidista y se consideran los "jefes naturales" del país. Su estructura de poder desde finales de los años setenta en algunas regiones compitió, en otras se alió, con poderes locales emergentes como los pequeños y grandes capos del narcotráfico, igualmente autoritario y conservador y, en muchos casos, funcional a sus intereses. Son partidarios de grandes avances en la tecnificación de la producción (reingeniería y tailorismo en la industria pero sin tener que concertar con sindicatos, mecanización del campo pero en lo posible manteniendo relaciones de aparcería, participación y democracia restringidas, prescripción de las reivindicaciones sociales, etc.). De alguna forma son el reflejo del modernismo reaccionario o el proyecto de modernidad selectiva de las derechas, unas veces moderadas y otras radicales, que se enfrentaron y se enfrentan en el escenario mundial. Sin embargo, en Colombia, en los tres campos, en mayor o menor grado, existen sectores importantes de la sociedad que no han renunciado a la violencia como instrumento para alcanzar sus objetivos políticos. En su conjunto, la sociedad colombiana no ha renunciado radical y explícitamente a la violencia, como si lo han logrado sociedades como la española, que optó -con excepción de un minúsculo sector político, cada vez más aislado, decir radicalmente que ese sector político no representa a nadie distinto que a unos cuantos activistas fuera de todo contexto de realismo político- sin vacilación alguna, por construir una modernidad democrática, con todas sus implicaciones.

Esta ambigüedad de la sociedad y del Estado ha llevado a especialistas a afirmar que la violencia es funcional a la democracia colombiana.

Cuarta:

Si bien los actores de Violencia no representan a los Colombianos, sí hablan por ellos y la Sociedad deja que hablen por ella.

Tiene estrecha relación con la anterior. En otras palabras: es evidente que la violencia no representa a la amplia mayoría de los colombianos. Que 15 ó 20 mil guerrilleros, 5 mil paramilitares, las ruedas sueltas dentro de organismos estatales, y las organizaciones delincuenciales estructuradas alrededor de las mafias del narcotráfico o de las esmeraldas o del contrabando, o de otros negocios ilícitos no son representativos de 37 millones de colombianos. Pero

los 37 millones de colombianos, no se han expresado de manera rotunda como expresión de una voluntad nacional que pide cuentas al Estado por sus actos por fuera de la ley y por sus frecuentes y sospechosas omisiones y sistemáticas impunidad y a los actores del conflicto por sus actos y métodos violentos.

Ni siquiera, para poner un ejemplo, el desastre ecológico que significan millones de barriles de petróleo vertidos a los ríos, quebradas y cuerpos de agua en más de 200 atentados a un oleoducto han movilizado a la sociedad colombiana ni ha significado nada en términos de legitimidad a la organización que los ha realizado. Tal vez por eso, en su desespero, los encargados estatales del problema han optado por el camino fangoso de sindicar, con pruebas sospechosamente falsas, a los sindicalistas de la petrolera estatal de lo que hace la guerrilla, confundiendo métodos, actores y resultados, por el dudoso camino de la utilización de los desacreditados organismos de justicia como arma política antisindical, mientras los atentados siguen y la indolencia pública también, ahora no solo frente al desastre ecológico, sino frente a los métodos ampulosos del Estado para solucionar el problema.

Tal vez por eso mismo cada masacre es más escandalosa que la anterior y los mandatarios, las autoridades de policía y los cada vez más delirantes voceros militares pueden dar las respuestas retóricas y casi insultantemente rituales frente a ellas, sin que tengan que entregar cuentas a nadie. Eso en el campo político.

Pero la violencia no se reduce a la política. Es mucho más extendida en el plano de lo social. Es mucho más costosa en términos de vidas humanas la violencia que se ejerce por la delincuencia pequeña y medianamente organizada y las de la vida cotidiana. Y las tasas de violencias urbanas son aterradoras y las de algunos conflictos regionales asociados a bonanzas locales. Se podría añadir que no matan únicamente los delincuentes o los actores de la guerra. A ello debe sumarse el del ciudadano común y corriente que mata por ira, por venganza, por celos, por deudas, por honor o en "cuestión de tragos", para poner algunos ejemplos.

Es decir, ni en la lucha política, ni en la vida corriente hemos podido renunciar a la violencia y esta se reproduce en muchos espacios. La amenaza anónima se ha convertido, por ejemplo, en una forma de violencia para obtener los más variados resultados, desde método de lucha sindical, hasta método disuasivo contra la acción colectiva de organizaciones populares, sino como método de integrar la selección nacional de fútbol.

Volviendo al plano de lo político, nada indica que las fuerzas revolucionarias crean que existan condiciones de una salida democrática. Las fuerzas revolucionarias, aunque existen matices, siguen creyendo en que la guerra es el camino más expedito para la realización de sus metas políticas y no hay indicio alguno de que esta posición haya sido modificada. Aunque existe un discurso cauteloso que indica la posibilidad de explorar salidas negociadas, (más el ELN, que las FARC, aunque en ambas agrupaciones sus acciones hacen ver a sus declaraciones de paz con una gran apariencia retórica), el tono y nivel de las exigencias plantean por ahora imposibles.

Del otro lado, dentro y fuera del Estado, las fuerzas de la intransigencia, como hasta ahora ha sucedido desde 1984 cuando se inició el primer ciclo de acuerdos, no están dispuestas a otro camino que la solución militar del conflicto. Algunos sectores que se podrían caracterizar como democráticos, se han aferrado ciegamente a la defensa de una supuesta legitimidad del Estado y en su apoyo han estado dispuestas inclusive a implementar aparatos de guerra como las organizaciones de seguridad privada «CONVIVIR», lo cual a su vez demuestra que aun están dispuestos a continuar y profundizar en el camino de la guerra. Si bien es cierto, la dinámica de la guerra ha llevado a sectores de la sociedad a la adopción de mecanismos de defensa de sus intereses más inmediatos mediante mecanismos privados, debilitando y deslegitimando a su vez al mismo Estado. Esta es otra de las paradojas: Sectores de la sociedad que han adoptado una defensa radical de establecimiento han contribuido, y de que manera, en su deslegitimación.

Esto demuestra que los amplios sectores que reclaman la paz aun no tienen la audiencia, el poder ni la representación necesarios para hacer viable su decisión y al interior de las fuerzas que tienen las armas. No es clara la unidad de criterio por una salida negociada.

En resumen, todos estos son claros indicadores de que la sociedad colombiana no ha logrado un consenso alrededor de la renuncia a la violencia. Muchos sectores por una u otra razón la utilizan o creen en ella como solución de los conflictos. Y el rechazo a los actos de violencia no tiene la resonancia suficientes para representar la voluntad nacional. Al contrario, el lenguaje predominante es la indiferencia. Y los agentes de la guerra pueden asumir, como en efecto han asumido la representación de la sociedad colombiana. (ver nuevamente la nota 2).

Quinta:

Sobre las actitudes de los actores hay un abismo: No se puede construir un proceso de paz con gestos de guerra.

El otro gran componente del conflicto es la actitud de los actores, que puede facilitar o alejar la solución. Allí hay que reconocer que es donde se encuentra uno de los grandes obstáculos a la transformación de los conflictos colombianos. Si solamente observáramos el lenguaje que se utiliza para caracterizar al adversario, entenderemos que él mismo se convierte en fuente de la agudización y profundización del abismo actitudinal. Si nos atenemos a plano de lo simbólico, no hay ningún gesto que indique que alguno de los actores esté en actitud de buscar acercamientos para una eventual negociación. Solo el gobierno, hace frecuentes llamados a la paz, sin entregar nada, como esperando ingenuamente una rendición incondicional, en tanto que se endurecen las políticas militares.

No basta, pero el mundo de lo simbólico, del lenguaje de los gestos, puede contribuir a acercar o alejar las posibilidades de una negociación. Pero más que en el plano de lo simbólico, el plano de las acciones es que determina sus posibilidades reales.

Por el contrario, las frecuentes ofensivas violentas, la apelación a evidentes violaciones al derecho internacional humanitario como el secuestro, la permanente declaratoria de "objetivo militar" a funcionarios civiles, a los mismos procesos electorales, los "retenes" en que se pone en alto riesgo innecesariamente la vida de los viajeros, la utilización de minas antipersonales, de carros-bomba y otros mecanismos de terror indiscriminado, el "ajusticiamiento" de civiles sin fórmula de juicio, la sensación de la existencia de poderes que deciden sobre la vida y la muerte no solo de los hombres bajo su mando sino de los ciudadanos, hacen que los actores armados en su pretensión de involucrar a toda la población en la guerra, antes que allanar el camino hacia una salida negociada, la dificultan y la alejan.

La apariencia del rumbo del conflicto y la carencia total de gestos conciliatorios hablan de una actitud de "guerra total". Queda la sensación de que en el interior de las guerrillas hay la creencia de que la crisis generalizada del Estado, de las fuerzas armadas y el silencio de la sociedad, es legitimidad de su causa y que ellos creen que su triunfo está cerca. Y es apenas lógico. Esto hace que ningún ejército que se sienta ganador, este dispuesto a negociar si tiene la certeza de un -virtual o real- triunfo militar.

Sexta:

Sobre la reconstrucción Nacional: ¿Cuanto estamos dispuestos a pagar?

Reconstruir el proyecto nacional implica acercar la imagen futura de los diversos proyectos de nación que se encuentran en conflicto: establecer cuanto están dispuestos a sacrificar las fuerzas políticas en este acercamiento de proyectos y cuanto están dispuestos a pagar los dueños del establecimiento, en primer término, y en segundo, toda la sociedad colombiana, por esa paz tan anhelada. Es entender, en otros términos que esa paz es rentable pero la inversión inicial es costosa para las partes y más para quienes defienden el orden instituido que es el que se encuentra amenazado. Desde el punto de vista de los proyectos revolucionarios, poco tienen que perder. (Aunque no existe un gran capital político que defender, a no ser la tradición revolucionaria que representan de muchas décadas acumuladas y un proyecto militar que se expresa en el control de unos territorios sobre los que no tienen clara la legitimidad de su dominación sobre la población por cuanto hasta ahora solamente se ha manifestado como dominación armada. Está por demostrar cual es el respaldo real y espontáneo que tendría el proyecto una vez cese dicha dominación armada, lo cual sería en si mismo su "capital político"). Desde esta lógica se podría pensar que la salida militar para ellos es, por lo menos en apariencia, más rentable, máxime cuando las experiencias de los grupos desmovilizados ha sido poco exitosas en el campo político.

Por tanto, como en cualquier transacción —desde todos los ángulos del conflicto— respondemos la pregunta de cuanto estamos dispuestos a pagar por la paz es fundamental para saber cuan lejos o cerca estamos de la posibilidad real de cualquier negociación. Y hasta ahora, nadie se ha hecho esta pregunta.

Séptima:

Existen sectores "estructuralmente intransigentes" con capacidad de impedir la salida política.

La duración del conflicto hace que en los dos polos de la contradicción, existan sectores "estructuralmente intransigentes", bien sea porque la guerra es funcional a sus intereses o porque su actitud radical es inmodificable. Todos ellos son actualmente y en el futuro el mayor obstáculo a cualquier salida política. Todos ellos tienen capacidad de entorpecer en materia grave un eventual proceso de paz, como hasta hoy lo han logrado con éxito absoluto e impunidad

total. Es lo que los expertos llaman "la inercia de la guerra". Si estos sectores no son derrotados políticamente, o por lo menos neutralizados, es improbable que prospere una solución política negociada y se siga imponiendo la vía militar.

No obstante, estos sectores intransigentes, unos indudablemente dentro de organismos estatales, seguirán cometiendo asesinatos selectivos y adelantando periódicas campañas de terror para impedir la negociación, mientras que las guerrillas seguirán secuestrando, saboteando las elecciones, amenazando alcaldes y funcionarios, controlando territorios y realizando acciones militares que demuestren su fortaleza y ratifiquen la mala racha de las fuerzas armadas para posicionarse ante una eventual negociación, o lo que es peor, con el convencimiento de un triunfo cercano.

Octava:

La debilidad del Ejército es coyuntural, hay empate estratégico.

De otra parte, todo indica que esta evidente debilidad táctica del ejército es coyuntural. Es producto más de 15 años de "guerra delegada" en los que la iniciativa estuvo en manos de fuerzas privadas de grupos paramilitares. Si se examina detenidamente la prensa, son pocas las acciones ofensivas del Ejército en este lapso. Pronto, la emergencia será suplida con "cambios estratégicos", legislación antiterrorista, adecuaciones procesales y "reingeniería militar" que implicarán mejor tecnología, apoyos satelitales, equipos, reestructuración de los organismos de inteligencia, asesoría y ayuda norteamericana, es decir, incremento en gasto militar y se iniciará un nuevo ciclo resarcimiento militar de las fuerzas armadas que confirme este tipo de empate estratégico o círculo viciosos de la muerte.

Novena:

La fortaleza táctica de las guerrillas aleja las posibilidades de una negociación.

Entre tanto, en lo inmediato, la ilusión de ir ganando la guerra hará que la posición de las fuerzas insurgentes se endurezca y aleje las posibilidades de un proceso de negociación, si no existe al interior de las organizaciones armadas, como hasta el momento no ha existido, un líder o un sector con capacidad de hacer un análisis político más allá de lo militar, que muestre que el avance militar de los últimos años no ha significado la legitimación nacional de un proyecto revolucionario y que a pesar de las ofensivas tácticas (y en contra de

la opinión de los estrategas norteamericanos), y si se miran las cosas con algo de realismo, está lejos consolidarse un escenario de triunfo militar, así se mantenga el dominio sobre amplias zonas y sobre áreas estratégicas como las de producción del crudo petrolífero, pero y aunque suene duro, de alguna, forma relativamente marginales para la vida medular de la mayoría de la población y de la economía.

Décima:

Dos Escenarios Posibles: en lo militar: "modelo de contención" o "guerra total" O en lo político una solución realista pero lejana: reconocer la revolución inconclusa colombiana.

Primero en lo militar: "modelo de contención" o "guerra total": Así las cosas, hipotéticamente, la guerra podría continuar muchos años más, en dos escenarios futuros posibles: el primero, simplemente agudizando la situación social del país, manteniendo o empeorando los niveles de pobreza, profundizando la crisis política, con un régimen en precarias condiciones de legitimidad, en crisis permanente, como por cincuenta años hasta hoy, con un crecimiento de las violencias difusas y un deterioro de todos los indicadores de la calidad de vida de los colombianos, es decir continuando en un modelo de "contención" clásico de guerra limitada o, en un segundo escenario, con una guerra total a unos elevados costos humanos y sin que esté claro que tipo de proyecto revolucionario surgiría de un eventual triunfo militar y más bien, el cierre continuado de una salida política negociada y la imposición de un régimen cada vez más autoritario, con procedimientos especiales de orden público en lo judicial y policial (no es descartable que pronto se le otorguen funciones de instrucción criminal a las fuerzas armadas por ejemplo, y que se cree una jurisdicción especial antiterrorista, como en el Perú). O en aras de la discusión podríamos apostarle y darle la razón a las fuerzas revolucionarias y al Pentágono y decir que al paso que van dentro de algunos años van a triunfar. Y quedaría un país arruinado o insignificante en el contexto mundial, como Laos o Camboya y donde ni siquiera se puede hacer una revolución y sostener el triunfo político por muchos años, como en Nicaragua, luego de una devastadora guerra donde habremos perdido la poca dignidad que nos queda.

Segundo: O en lo Político una solución realista pero lejana: reconocer la Revolución inconclusa colombiana:

Otra alternativa es aceptar por parte de la sociedad, el Estado y las fuerzas revolucionarias que en Colombia hubo, como en muchas naciones, una revolución inconclusa que no logró consolidar un triunfo por la vía militar. (podríamos reconocer que hubo lo que teóricamente se ha denominado "situación revolucionaria" crónica sin "resultado revolucionario" apoyándonos en Charles Tilly) pero de la cual se puede derivar hacia un polo democrático-popular, que mediante estrategias políticas obtenga muchas de las transformaciones (no todas) que no se alcanzaron mediante el triunfo militar, para transformarlas en un programa democrático pensando en un plan de "reconstrucción nacional", en manos de una Junta de Reconstrucción Nacional, como si se hubiera alcanzado el fin de la guerra. Hagamos de cuenta que alguien ganó, que la guerra terminó y que hay que reconstruir el país con un programa democrático negociado entre los sobrevivientes y que entre los triunfadores hay una disidencia del bando derrotado que se alió con los ganadores que está en capacidad de imponer condiciones al programa de reconstrucción nacional. ¿Para que esperar el triunfo militar, si sabemos que así terminan las guerras y que con todos sus costos humanos, terminan en una concertación de fuerzas y de esfuerzos? Así fue la Revolución Nicaragüense y así han sido y serán las revoluciones inconclusas de América Latina y del tercer mundo.

Muy seguramente muchos sectores al interior de las fuerzas insurgentes piensan que se puede conseguir más por esta vía que con un triunfo militar, pero la estructura misma de sus organizaciones no les permitiría expresar este tipo de planteamientos. Quienes asuman esta posición en ambos bandos serían calificados inmediatamente como claudicantes y entreguistas. (Y los sectores extremos se identificarían como fuerzas de la intolerancia de derecha y de izquierda y tal vez se produzcan purgas dentro de las guerrillas, los paramilitares y las fuerzas armadas y en la cúpula secreta de la extrema derecha que ha manejado los hilos de la guerra sucia), o tal vez exista en el país la madurez suficiente para buscar este tipo de salidas a la guerra. Pero esto último sería demasiado optimista para las premisas anteriores, aunque no es imposible como horizonte político.

Dos hipótesis

Sobre la reflexión anterior surgen dos hipótesis de trabajo para la comprensión del momento actual. Primera: la guerra civil colombiana se ha transformado en un problema internacional que hace que le sea aplicado el

concepto de soberanía limitada a la solución de su conflicto interno. Segunda: Colombia está en el umbral del punto de no retorno de la posibilidad de ejercicio de su soberanía, para lograr una solución política negociada a su conflicto interno.

PRIMERA HIPÓTESIS:

LA GUERRA CIVIL COLOMBIANA SE HA TRANSFORMADO EN UN PROBLEMA INTERNACIONAL QUE HACE QUE LE SEA APLICADO EL CONCEPTO DE SOBERANÍA LIMITADA A LA SOLUCIÓN DE SU CONFLICTO INTERNO.

Lo nuevo de la situación actual es que la guerra crónica colombiana, que era indiferente a los propios colombianos y al mundo, se está convirtiendo crecientemente en un problema internacional. Somos el problema más agudo de la región. El margen de "soberanía" es cada vez menor. Ello se evidencia en los siguientes aspectos de la coyuntura internacional:

Colombia, y esa es la gran diferencia del concierto de países de América Latina, no ha encontrado recientemente un punto de inflexión, un punto de ruptura con el pasado, en la construcción de una modernidad democrática que aclimate un mínimo de condiciones para su convivencia como nación en el concierto de los pueblos del mundo. Es una sociedad que acumula sus conflictos del pasado sin capacidad para resolverlos. En el contexto de América Latina, después de los procesos de paz en Centroamérica —sin idealizarlos y colocándolos en medio de sus obvias dificultades— y de la caída de las grandes dictaduras del continente, ante el desconcierto general, el conflicto armado colombiano se mantiene como una remembranza de la "guerra fría", con sus símbolos y su lenguaje intactos, sin que, casi una década después del derrumbe del muro, las partes hayan explorado nuevos caminos distintos a persistir en una guerra que la mayoría de los observadores internacionales consideran "arcaica".

Hay consenso entre los analistas de que por primera vez nuestro problema interno es visto como amenaza internacional, no solamente por los Estados Unidos y las potencias europeas, sino por nuestros vecinos y amigos. Colombia ha recibido en los eufemísticos círculos diplomáticos el calificativo de "la Bosnia de Suramérica", o la "llaga abierta de América Latina". Los efectos de la guerra impactan a las naciones vecinas. En el caso venezolano existe una estrategia de desestabilización de las relaciones por parte del ELN,

además de importantes daños ecológicos en los cuerpos de agua de las vertientes comunes ocasionadas por los vertimientos de crudos de los insensatamente repetidos atentados al oleoducto Cañolimon-Coveñas. La frontera panameña, además de sitio de llegada de refugiados, sufre frecuentes invasiones de los grupos paramilitares y los efectos del secular tráfico de armas y drogas, lo cual causa serios problemas a las relaciones binacionales. Perú y Bolivia adelantan programas de erradicación de los sembrados de coca y saben que los narcotraficantes colombianos están en capacidad de comprar la pasta básica que produzca para ser refinada, lo cual estimula el cultivo y les impide mostrar mejores resultados. Los capitales mafiosos ante la persecución, se han desplazado a Brasil, Argentina y en menor cuantía a Chile y Centroamérica y México. El "modelo" colombiano de financiación de las guerrillas con recursos de estas actividades podría ocasionarles, (como parece estar sucediendo en Perú), el resurgimiento de los grupos armados revolucionarios y todos ellos nos ven con desconfianza pues temen que por su cercanía puedan recibir un tratamiento similar al que ha recibido Colombia y antes que solidarizarse, prefieren sumarse a la "diplomacia de bisturf" de los Estados Unidos, que pretende "extirpar el tumor".

El fenómeno de los desplazados ya nos es un problema interno, sino que se empieza a ser visto con preocupación por la comunidad mundial. El exilio de personas amenazadas y de familias enteras que dejan el país por motivos económicos o políticos o por problemas de seguridad, son cada vez mayores.

Aún entre naciones amigas, Colombia empieza a ser percibida internacionalmente como una sociedad con indicadores permanentes y estructurales de violencia que hacen que sea caracterizada como una sociedad "no viable" en términos de nación moderna, pues su inercia autodestructiva la coloca en los límites del cuadro de honor del "retroceso de la civilización y el retorno a la barbarie" y—dentro de esta lógica—estaría en el grupo de países que no lograron adaptarse a los cambios de la pos-guerra fría y requieren de intervenciones tutelares que la enrumben nuevamente por el camino de la democracia, dentro de la nueva perspectiva mundial de la "seguridad democrática" diseñada y liderada por Estados Unidos.

Los niveles de violencia en el campo laboral y el asesinato crónico de líderes sindicales es calificado por expertos de la Unión Europea como un "dumping" social, en el sentido de que los empresarios del mundo tienen que

negociar pliegos de peticiones y huelgas, mientras que, con impunidad total, los sindicalistas en Colombia son asesinados, lo cual, además de ser un aberrante problema de derechos humanos, significa —según su decir— una "ventaja comparativa" de los precios de sus productos creada por el clima de violencia.

Las políticas antidrogas de Estados Unidos, (a través del caso Samper y la tesis de las "narco-guerrillas), han ganado la batalla propagandística de presentarnos como una "narco-democracia" que se aproxima peligrosamente a lo que el Departamento de Estado ha denominado como "estados-bandido", aquellos que no se acogen a las políticas y normas mundiales (generalmente dictadas por ellos en el contexto del escenario de un mundo monopolar liderado por ellos), para los cuales la comunidad internacional se ha reservado el derecho de "meter en cintura", pues afectan intereses fundamentales de la misma comunidad mundial. Con esta estrategia se ha logrado convencer al mundo diplomático que existe un nuevo enemigo mundial que es el "narcotráfico" y a su vez "territorializar" ese enemigo mundial en los países productores y simbolizarlo en un caso límite: Colombia.

Las potencias han impuesto el concepto de "soberanía limitada" a los temas de narcotráfico, derechos humanos, derecho internacional humanitario y Colombia es un país crítico en estos tres campos y por lo tanto acreedor de intervención internacional. Esta intervención por primera vez se esgrime como una solución y ya se discuten hipótesis concretas de intervención. El temor de un modelo de contención estilo Vietnam, hace pensar en modelos multinacionales, estilo Bosnia.

Las tensiones geopolíticas de la región se agudizarán a medida que se vence el plazo de entrega del Canal de Panamá a los panameños en diciembre de 1999 en virtud de tratado "Torrijos-Carter" y los Estados Unidos ejercerán un mayor control sobre la región para prevenir cualquier situación desfavorable a sus intereses estratégicos y el argumento será que mientras exista un factor de desestabilización regional, (Colombia), no habrá condiciones para la entrega.

Ya hay consenso (interno y externo) de que Colombia debe ser intervenida. Todavía no lo hay de cómo realizar la intervención. Estados Unidos —y ese por ahora es buen signo de que primero se va a intentar el apoyo a una salida política negociada— ha anunciado su ingreso al grupo de países amigos del Proceso de Paz. La pregunta sería, ¿Qué sucederá si no hay proceso de paz?

Esto nos conduce a una segunda Hipótesis en el plano de nuestra guerra interna..

SEGUNDA HIPÓTESIS:

COLOMBIA ESTA EN EL UMBRAL DEL PUNTO DE NO RETORNO DE LA POSIBILIDAD DE EJERCICIO DE SU SOBERANÍA MEDIANTE UNA SOLUCIÓN POLÍTICA NEGOCIADA A SU CONFLICTO INTERNO

Hace algunos años, Daniel Pecaú planteó que Colombia se encontraba cerca al "punto de no retorno". En ese momento se hacía evidente la presencia de narcotraficantes financiando grupos paramilitares y una actitud cómplice del Estado y se avisaban a futuro serios problemas institucionales. Decía entonces:

Mes tras mes la situación se agrava en Colombia. La tregua y el diálogo están prácticamente interrumpidos. Por una parte, el terror ejercido con total impunidad por una extrema derecha de contornos imprecisos, por el otro la voluntad expresada por la guerrilla de pasar a una etapa de lucha por el poder, tienden a producir una acentuada polarización. La autoridad del gobierno es demasiado incierta como para frenar este proceso. Colombia podría convertirse fácilmente en el escenario de una confrontación social y política mayor.

Hoy la predicción se ha realizado. Nunca antes había confluído crisis política, crisis económica, (los expertos del FMI en mayo de 1998 hablan de la necesidad de un ajuste fiscal y económico con todo lo que ello ha implicado a países como Venezuela o México. El presidente Samper en vez de regañarlos insultantemente como lo hizo de manera ingenua y populista, debería convencerlos de que al problema del gasto público de Colombia, un país al borde del colapso y en guerra, no se le puede dar el mismo tratamiento macro-económico que a Costa Rica o Suiza), crisis social, (niveles cercanos al 15% de desempleo permanente y crecimiento en varios puntos de los indicadores de población sumida en estado de pobreza absoluta, millón y medio de desplazados por la violencia, etc.), crisis militar y crisis de relaciones internacionales que muy seguramente pronto afectarán los factores de gobernabilidad interna de los próximos gobiernos. Es decir, Colombia está viendo peligrar su estabilidad democrática y su capacidad de ejercer su precaria soberanía, mediante una solución política negociada. Cada mes que pasa vemos que se agota más esa posibilidad.

Y ese agotamiento de las posibilidades está dada por los siguientes indicadores:

La creciente fragmentación de los poderes, tanto del Estado como de los para-estados, como de las fuerzas insurgentes y de la llamada "sociedad civil", muestran que ofensivas de guerra total fácilmente pueden transformarse en guerras civiles regionales que lejos de convertirse en una única "guerra revolucionaria" tienden a transformarse en "guerras multipolares" (ya varios frentes del ELN han declarado objetivo militar a frentes del EPL, ha habido enfrentamientos armados entre ELN y FARC en Arauca y Cubará por disentimientos en el caso de los indígenas U'wa y la petrolera Oxy), con una gran capacidad destructiva, pero sin posibilidades de consolidar proyecto alguno por parte de los bandos contendientes, en cambio, imposibilitando una salida negociada que fundamente las bases de una reforma democrática. Es decir, ni reforma ni revolución, en cambio fortalecimiento de un "statu quo" precariamente legitimado pero con capacidad de recomponerse a sus crisis, como ha sucedido por más de 50 años. En la nueva fase de la globalización, el conflicto colombiano es percibido como un caso "crónico e irresoluble" por los mismos colombianos y por la comunidad internacional.

Nunca antes la sociedad colombiana había aceptado tan fácilmente y sin debate una hipótesis de intervención. Una sociedad que se había negado sistemáticamente a una "mediación internacional", no solamente la acepta sino que a nivel interno ya se habla de una "fuerza internacional de paz". Es decir, o los colombianos no se han dado cuenta de lo que esto significa o ya empieza a ver un consenso de intervención militar internacional.

Si bien se ha calificado la situación militar colombiana como un "empate negativo" (Eduardo Pizarro), es decir aquella situación donde ni el Estado colombiano puede derrotar a las guerrillas ni estas pueden alcanzar el triunfo de una revolución, si se puede desarrollar una guerra prolongada que tiende a degradarse y a socavar la unidad nacional. En un escenario futuro, la prolongación de la guerra podría significar desintegración de la unidad nacional y desmembramientos territoriales por la existencia de soberanías múltiples. (Por ejemplo, el bloque sur de las FARC ya se plantea una estrategia territorial de "defensa de una frontera" que puede convertirse, al igual que en otros territorios, como Arauca y Casanare, en el desmembramiento territorial. La "nueva república independiente" que se nos quiere presentar como el control territorial de la zona que "produce el 80% de la producción mundial de cocaína",

gobernada por una "narco-guerrilla" ante la cual el Estado Colombiano ha sido incapaz "y será derrotado en cinco años").

Todo enmarca en la legitimación acelerada de un escenario de intervención. Cada mes que pasa el margen de maniobra de la sociedad colombiana, del gobierno y de las mismas guerrillas será más limitado frente a un eventual proceso de negociación. Tal vez sea la presencia militar extranjera la que obligue a unos y a otros a un cese de hostilidades lo cual podría conducir a una "vietnamización" de Colombia.

Sin embargo y eso sería lo deseable, contra todas las predicciones, y contra toda la lógica negativa de la actual coyuntura, si Colombia encuentra caminos de solución e inicia pronto de manera seria una negociación, si aprende de los errores del pasado y de las experiencias de otros países, podría lograr un excelente apoyo de toda la comunidad internacional, incluidos los Estados Unidos, en términos de acompañamiento y mediación. De lo contrario nos veremos abocados al camino de la intervención con todos los significados e incertidumbres del concepto.

Notas:

1. Incluido el proyecto militar de la extrema derecha que se expresa en las Autodefensas Unidas de Colombia. Su discurso contra el abandono del Estado es tan radical como el de las guerrillas. Comisión de Conciliación Nacional. CICR, **Cambio 16**. La Paz Sobre la Mesa. **Revista Cambio 16**, Separata, Mayo de 1998.
2. Aun en los sectores que se reclaman democráticos, se juega al uso de mecanismos violentos como solución o parte de la solución. Por ello no es extraño que líderes nacionales, regionales y locales de partidos que se reclaman democráticos, en las últimas dos décadas le apostaron al paramilitarismo, y dan como aceptables con su silencio y sus prácticas, mecanismos de presión contra movimientos y activistas adversarios o de organizaciones civiles o aceptan parcialmente la defensa de los derechos ciudadanos y los mecanismos del derecho internacional, sin que exista una radical renuncia a la violencia. Varios Parlamentarios destacados, por ejemplo, se sabe están involucrados en masacres ligadas al control electoral de sus huestes. Del otro lado, sin querer justificar la masacre, la nefasta "combinación de todas las formas de lucha", según sus exmilitantes y fundadores, junto con la intolerancia de la derecha radical, mató a la Unión Patriótica, pues se le dio tratamiento militar a un movimiento político que no supo deslindar campos de la organización militar de la FARC.
3. Por ejemplo, un tímido amague de violencia oficial, en la conformación de un comando terrorista de Estado contra ETA, el caso GAL, a pesar de la postura generalizada anti ETA, fue el hecho que más pesó en la caída del PSOE y de su máximo líder Felipe González, sin lugar a pragmatismos y a soluciones por los atajos. Se rechaza con la misma fuerza al terrorismo de ETA y sus atentados como el terrorismo de estado para combatirlo.
4. Daniel Pecaüt. **Orden y Violencia**. Bogotá, Siglo XXI-Cérec, 1987, vol. 2, p. 576.

5. A excepción del inorgánico "mandato por la paz" de octubre de 1997 que expresó cerca de 10 millones de votos en las elecciones legislativas y locales y de la "sensibilidad" nacional que se expresa como "opinión pública" conmovida después de cada magnicidio o masacre rutinaria o en los entierros de los defensores de los derechos humanos o de los hombres públicos de diferente talante. Cuando estaba terminado este artículo se dio la movilización del 19 de mayo de 1998, por la vida, contra la violencia y la impunidad. Es la primera manifestación masiva y contundente pero aun insuficiente para contrarrestar la dinámica violenta de la coyuntura. Aunque es un signo esperanzador, hay que ver si es el comienzo de una expresión permanente de la sociedad civil que logra hacerse oír por los actores armados o si es un nuevo brote de protesta inorgánica.
6. Cuando escribíamos estas notas fue asesinado Eduardo Umaña Mendoza, abogado defensor de los sindicalistas de la Unión Sindical Obrera a que hacemos referencia, quien en entrevistas había denunciado los métodos empleados por las agencias estatales en este caso; además apoderado de los familiares de los desaparecidos del Palacio de Justicia en 1985, defensor de presos políticos y de los derechos humanos.
7. Dias después cayó asesinado el general Fernando Landazabal, destacado vocero de la derecha militar, y se sucedieron numerosas masacres, la más grande el 17 de mayo de 1998 en Barrancabermeja, pueblo petrolero fortín de la Unión Sindical Obrera, donde grupos paramilitares, con camiones asesinaron varias personas y se llevaron cerca de medio centenar que al momento del cierre no habían aparecido. Consternación y declaraciones retóricas por doquier, que nadie cree.
8. La violencia invade no solamente a las economías ilegales. Muchas transacciones comerciales se han invadido de variadas formas violentas de cobros bajo amenaza o chantaje moral. Por ejemplo hace pocos años se había institucionalizado el cobro de cuentas mediante coacción psicológica y escarnio público al deudor por empresas legales.
9. El escándalo del mundial de fútbol de Estados Unidos y de la integración de la selección de Fracia '98 son las amenazas al director técnico por el desacuerdo en la selección de los jugadores convocados.
10. La existencia de un candidato presidencial, en la campaña a la presidencia de 1998-2002, general activo pocos meses antes de la campaña, como comandante general, que en su programa plantea la escueta salida militar luego de las experiencias dolorosas de las Delicias, Patascoy, el Caguan y el documento de inteligencia del Pentágono que anuncia una derrota militar en 5 años, y que esta opción haya alcanzado en algunos momentos de la campaña cerca del 20% en las encuestas, es un claro indicador, de que a pesar que parece ingenua, aun un amplio sector social se identifica con ella. El exgeneral puede exponer todos los días sus tesis, fracasadas en el campo de batalla, sin que nadie confronte con la realidad ese discurso, lo cual indica que la llamada "opinión pública" aun no tiene claro el problema frente a las opciones violentas del tratamiento del conflicto, sea cual sea su origen.
11. Pero no todo es negativo en la política de E.E.UU. Al parecer el Departamento de Estado, que tiene medios para saberlo, ha decidido intentar neutralizarlos haciendo listas y cancelando visas a militares violadores de Derechos Humanos. Al acusar directamente a una unidad militar, la Brigada XX de inteligencia, presiona una reestructuración del Ejército, porque al parecer, lo ve como uno de los principales obstáculos para un proceso de negociación. El rechazo a estas medidas fue respondido con una perentoria advertencia "los militares no pueden jugar con fuego". **El Tiempo**, domingo 17 de mayo de 1998, p. 6 A.
12. Creencia recientemente reforzada por documentos de inteligencia del Pentágono, ante la evidente ineptitud—coyuntural—de las fuerzas armadas. Los mismos teóricos que luego de la derrota militar de Vietnam al más poderoso ejército de la historia de la humanidad declararon que esas guerras son imposibles de ganar, le exigen al desarticulado, cansado, deslegitimado y debilitado ejército erriollo una victoria militar imposible.

13. La única acción ofensiva destacable es la realizada en la toma de la Uribe, Meta, aquella que impidió un proceso de negociación paralelo a la Asamblea Nacional Constituyente, en diciembre de 1990.

14. No ha logrado construir una cultura que atenúe desde el plano de los valores el compulsivo "tánatos" de la "naturaleza humana", a la cual no escapamos como sociedad, para fundar una cultura diferente a "una cultura de los procedimientos violentos como procedimientos triunfantes y, sobre todo, legítimos". CRUZ Kronfly, F. "El Intelectual en la nueva Babel Colombiana. En: VIVIESCAS, F y GIRALDO, F. *Colombia: el Despertar de la Modernidad*. Bogotá, Foro Nacional Por Colombia, 1991. P.389.

15. PECAUT, Daniel. *Crónica de Dos Décadas de política Colombiana*. Bogotá, Siglo XXI, 1988. p. 407. El artículo fue traducido como "Mas allá del Punto de Imposible Retorno?"

COLOMBIA: VIETNAMIZATION OR PEACE PROCESS. CRITICAL ELEMENTS FOR THE INTERPRETATION OF THE COLOMBIAN CRISIS AND ITS IMPACT AT THE INTERNATIONAL LEVEL

Javier Guerrero Barón

Abstract:

Despite the hope and good will of many people, it could be said –as it is reasserted by recent trends– that Colombia is closer to a generalized civil war or a serious armed conflict than to a real and lasting peace process. If the political/economic and the military/foreign affairs crises take place simultaneously, the minimal conditions for a political negotiation are unlikely to be met in the foreseeable future, for it can be assumed that in such a situation, the armed conflict would be strengthened and its impact at the national level would be much higher.

Key words:

Colombia - Violence - Armed groups - Peace - Difficulty.

LA COLOMBIE: CONFLIT VIETNAMIEN OU PROCESSUS DE PAIX? ÉLÉMENTS IMPORTANTS POUR L'INTERPRÉTATION DE LA CRISE COLOMBIENNE ET SON IMPACT SUR LE CONTEXTE INTERNATIONAL

Javier Guerrero Barón

Compte rendu:

Contre le désir et la bonne volonté de beaucoup de personnes, il est possible –d'après les tendances conjoncturelles récentes– que la Colombie soit plus proche d'une guerre

civile généralisée ou d'un renforcement du conflit armé que d'un processus de paix réel et durable. Si l'on imagine un avenir dans lequel les crises politique, économique, militaire et des relations internationales se rejoignent toutes pour la première fois, il est peu probable qu'il existe les conditions minimales pour arriver à une négociation politique car ces crises favoriseraient le conflit armé et son impact sur la vie nationale.

Mots clés:

Colombie - Violence - Groupes armés - Paix - Difficultés.

A COLÔMBIA, VIETNAMIZAÇÃO OU PROCESSO DE PAZ. ELEMENTOS CRÍTICOS PARA A INTERPRETAÇÃO DA CRISE COLOMBIANA E SEU IMPACTO EM UM CONTEXTO INTERNACIONAL

Javier Guerrero Barón

Resumo:

Em contra do desejo e da boa vontade de muitos, as recentes tendências parecem sugerir que a Colômbia esteja vivendo uma situação de guerra civil generalizada ou de aprofundamento do conflito armado, em lugar de um processo de paz real y duradouro. Se as crises políticas, econômicas, militares e de relações internacionais ocorrerem simultaneamente, seria pouco provável que se dessem as condições mínimas para uma negociação política no futuro, a dinâmica do conflito armado poderia ser reforçada e seu impacto na vida nacional poderia ser muito alto.

Palavras chave:

Colômbia - Violência - Grupos armados - Paz - Dificuldade.
